



## Sobre el estilo

«¡Olé los hombres! Así se hacen las cosas.» Tal fué, según cuenta la crónica, el parte de felicitación que a la calaverada de un caudillo le dirigió su amo y señor, otro calavera. Y los calaveras, como las calaveras, carecen de meollo.

En cuanto al estilo del gachó es... deportivo, estilo de quien toma a juego las cosas más serias, las que cuestan sangre, lágrimas y sudor del pueblo. «El estilo es el hombre», se ha dicho, y podría decirse que el estilo es el gachó. Porque el gachó, como no sea gitano, no es hombre. Es monigote de retablo, histrion de palo.

«¡Olé los hombres!» Y en el país y en el tiempo en que en la ocasión que la crónica cuenta se pronunció esa sentencia no había ya hombres. No lo eran ni el que dijo eso ni aquel a quien se lo dijo. Que si las Dalilas acaban con los Sansones, mucho más las Tolosas y las Molineras — por muy doñas que se hagan — acaban con los gachós que presumen de tener otra cosa que no meollo en la siera y se dedican a hacer de Tenorios de fácil cobro.

Añade la crónica que el que mereció ese singularísimo elogio de «¡olé los hombres!» tuvo poco después que «diñarla» y la «diñó» en otra calaverada. Sólo que esta vez no se podría haber añadido: «¡Así se hacen las cosas!» Sino más bien: así se deshacen los pueblos. Y el deshacimiento de un pueblo, como de un hombre, se revela en el estilo.

¡El estilo! El estilo es lo más íntimo, lo más esencial, lo más fundamental. Lo ha visto muy bien Oswald Spengler en su famosa obra «El ocaso de Occidente». («Der Untergang des Abendlandes»). Y así en política, verbigracia, hay un estilo liberal y otro servil, le hay despótico, frívolo, pesimista, optimista, reaccionario en y sean cualesquiera las ideas que expresan. No por lo que dice, sino por la manera de decirlo, se conoce al hombre, y su sentir más íntimo. Y la eficacia del conductor de pueblos, siquiera de muchedumbres, se cifra en su estilo. Aunque cambie de programas seguirá siendo el mismo mientras no cambie de estilo. Y hay quien no puede tener eficacia por no tener estilo, o sea por no haber hombre.

«¡Conque agonizando, eh?» — cuenta el consabido cuento que le decía un baturro a un amigo en trance de muerte. Y lo mismo podía haberle dicho: «¡Olé el hombre!» Aunque no, pues esto sería más terrible que lo otro.

Rasgos hay de estilo en la vida pública histórica de un pueblo que equivalen a si un sacerdote al decir misa en el momento de alzar la hostia le soltara un chiste o un colmo al acólito que toca la campanilla. Esto para un creyente será siempre algo sacrilego. Y así también hay «clés» que para un patriota son sacrilegos. Y para el que medite algo son expresión de la más pavorosa vacuidad de espíritu.

Hay deportes terribles. Y uno de ellos sería el de jugar a la pelota con los corazones de las madres. En la gran guerra de las naciones hubo gases lacrimógenos que arrancaban lágrimas a los combatientes. Y hay frases que arrancan también lágrimas y lágrimas de sangre.

En nuestra España de hoy hace tiempo que nos oprime el corazón el sentir las punzadas del estilo de la más soberana vacuidad. Una vez es un político que dice que de aquí a cien años todos estaremos calvos; otra vez es un chiste sacrilego — con sacrilegio de patria; — otra es un giro de la más baja estofa. Cuando no comentar las más tremendas vergüenzas nacionales en terminachos de torreo.

Al escribir esto vamos conteniendo nuestro estilo, no sea que la indignación nos lleve a términos que un censor al estilo de los que se usan estime peligrosos o acaso delictivos. Y es que acabamos de leer una carta que nos dirige una madre, una viuda, a la que le han arrebatado un hijo,

jo, y su estilo, no húmedo y como empapado en lágrimas, sino seco y ardiente como caldeado en fiebre de dolor y de indignación, no es un estilo de ¡olé! Si esa madre oyese un ¡olé! cuando a su hijo se le llevaba a entregar la vida — a «diñarla», — ¿qué diría? No diría, sino rugiría. Porque hay ¡olé! a que sólo se puede contestar con un rugido.

Y lo más terrible de nuestra España es que la plaza de toros nos ha enseñado a dar ¡olé! desde detrás de la barrera, acaso desde el palco, y a tomar a juego el que un hombre, o mejor, un macho, se juegue la vida.

Por lo demás, los hombres del ¡olé! no lo son más que otros. No es más hombre el más macho. Don Juan Tenorio, el macho por excelencia, no fué más hombre que el cardenal Jiménez de Cisneros.

Miguel DE UNAMUNO.